

can. El año de 1580 se pasó la silla Episcopal á Valladolid: « todo el demás tiempo, que fueron « veinte y cuatro años, estuvo administrada (dice el « venerable padre) por las dos religiones de nues- « tro padre San Francisco y de nuestro padre San « Agustin: primero estuvo sola la religion de nues- « tro padre San Francisco, hasta que vino á visi- « tar esta provincia el padre maestro Veracruz, « y esto acaeció por el año de 50. El ilustrísimo « señor D. Vasco de Quiroga hizo la merced al « padre maestro Veracruz de que partiese la ad- « ministracion de los españoles, y por no agra- « viar á la religion de nuestro padre San Fran- « cisco, que tenia posesion de ella y la habia « administrado á gusto de la ciudad, hizo curas á los « dos prelados semaneros, para que cada uno hi- « ciese su semana en sus dos conventos, comen- « zando el sábado á Visperas. Aquí era la demos- « tracion del amor, porque los que tenian el co- « razon en la una iglesia más que en la otra, guar- « daban sus bautismos y casamientos para aquella « semana; mas los curas siempre se quisieron « mucho. »

## CAPITULO XVI.

TRABAJOS APOSTÓLICOS DE LOS VENERABLES PADRES  
FR. ANTONIO DE SEGOVIA Y FR. MIGUEL DE  
BOLONIA EN LA PACIFICACION DE MUCHOS PUEBLOS AL-  
ZADOS DESPUES DE LA GUERRA DEL MIXTON:  
ESTADO DE LAS COSAS DE LA NUEVA ESPAÑA Y MICHOA-  
CAN POR AQUEL TIEMPO, Y SE TERMINAN LOS  
SUCEOS DE ESTE AÑO DE 1542.

Despues que se regresó el señor Virey D. Anto-  
nio de Mendoza á la Corte de México, cumplió  
el gobernador D. Cristóbal de Oñate lo que tenia  
ofrecido á S. E., tomando á su cargo el acabar  
de pacificar á las provincias alzadas de su gober-  
nacion, nombrando á los dos capitanes Miguel  
de Ibarra y Juan del Camino para que hiciesen  
con sus compañías de soldados escogidos entra-  
das en el rio de Juchipila y Mixton, y en los demás

valles comarcanos. En cuatro ó cinco entradas que hicieron estos capitanes entre la nación cascana, redujeron y sujetaron á aquellos indios á volver de paz á sus pueblos, de suerte que no se tardó en verlos servir á sus encomenderos; y para tenerlos más sujetos, mudaron los más de sus pueblos, pasándolos á la otra banda del rio Grande en esta forma. En el valle de Tonalá, pasaron al pueblo de Juchipila á Tzoquipa; en Amatitlango el Chico pusieron el del Teul; y por el camino de Ayahualulco, pasaron al pueblo de Tepepetistlan al de Tepetistlango. En Aquisculco el de Tlaltenango; al pueblo de Cuzpala situaron en el valle de Mazatepei; pero despues que se descubrieron las minas de Zacatecas y de sus contornos, se volvieron los indios casi todos á sus pueblos antiguos, y muy pocos se quedaron en los que les habian obligado á habitar. Por su parte, e venerable Fr. Antonio de Segovia, apóstol de todas aquellas naciones, trabajó infinito en atraer á los indios alzados á que admitiesen el beneficio de la paz con que les brindaba el teniente gobernador Oñate. Como habia bautizado á los más de estos indios, le movia el celo de su salvacion á buscarlos en sus barrancas y peñoles: conforme los iba encontrando les reprendia con amor lo mal que habian hecho en rebelarse, y les prometia el perdon de todo lo pasado como se volviesen á sus

pueblos mansa y pacíficamente. Recibianle de paz los indios, y se alegraban de volverle á ver, porque le querían y estimaban mucho, porque habian experimentado en él el mucho amor que les tenia, y caridad que siempre habia usado con ellos. Veian que solo su gran afecto que les profesaba, y lo mucho que se compadecia de sus trabajos, le movia á andar por caminos tan fragosos y ásperos á pié y descalzo, padeciendo sed, hambre y otras infinitas penurias, y asi de buena gana oían sus saludables consejos, y trataron de recogerse á sus pueblos, que estaban destruidos con el azote de la guerra. Comenzaron á salir de las barrancas en donde estaban escondidos, y obedeciendo al santo padre, volvieron á poblar sus pueblos, á reedificar sus pobres iglesias, y no rehusaban poner por obra cuanto les aconsejaba su pastor para introducir en ellos las máximas de una buena policia, á que ayudó mucho el capitán alférez real Hernan Flores, encomendero que era del pueblo de Juchipila, donde ántes habia catorce mil indios. Despues que en este modo se hubo pacificado esta provincia y poblado de nuevo, envió la Custodia de Michoacan otros religiosos de gran espíritu para que asistiesen á aquellos indios, y principalmente en Juchipila, á fin de que coadyuvasen á los santos intentos del venerable padre Fr. Antonio Segovia. No

hay noticia de los religiosos que fueron destinados para ir á doctrinar esos pueblos; solo se sabe que el venerable padre Fr. Miguel de Bolonia, que fué uno de los que vinieron en compañía del venerable padre Fr. Martin de Jesus para el reino de Michoacan, despues de haber sido guardian ó prelado de Patzcuaro, fué á ejercitar su celo apostólico en varios territorios de la provincia de Jalisco, donde fué tenido por uno de los apóstoles de la Provincia de Avalos, Zapotitlan, Zapotlan, Tlamazolan y Tuxpan, porque no fué el que ménos trabajó convirtiendo muchos infieles á nuestra santa fe católica. Como no podia ignorar el alzamiento general de los indios, que tanto habia alterado toda la tierra, se contentaba con mantener los pueblos de las provincias referidas en la obediencia debida al Rey, y procuraba que no los corrompiese el contagio fatal de la rebelion, pedia á Dios por los pobres gentiles que se habian dejado seducir con los encantos de una perniciosa libertad, y con gran consuelo de su espíritu vino á saber que al fin, Dios, como misericordioso, habia atendido á sus fervorosas súplicas, pues estaba toda la Nueva Galicia de paz, y lo mucho que habia hecho el padre Fr. Antonio de Segovia en la reedificacion de los pueblos y de sus iglesias, como asimismo en reducirlos al trato político y á vida cristiana. Dió gracias á

nuestro Señor, y pasó al convento de Tetlan para conocer y tratar al venerable padre Segovia, que era varon santo, y de su mismo espíritu y celo. Acordaron ambos que era preciso que el uno de los dos fuese á los pueblos de Juchipila, Nochiztlan, y á todos los demás que se habian alzado, y actualmente se habian recogido de paz en sus pueblos, para confortarlos en la fe santa que habian abrazado y mantenerlos en la sujecion de sus encomenderos, y que el otro se quedase en la capital para atender á la fundacion del convento principal de la Provincia de Jalisco. Convenia que el venerable padre Fr. Antonio de Segovia, como fundador del convento de Tetlan, se quedase en la villa de Guadalajara para acudir á la fábrica del convento de Guadalajara, porque en este año de 1542 se publicó haber hecho S. M. merced de ciudad á la villa de Guadalajara, que siempre habia tenido titulo de villa en las poblaciones que tuvo así en Nochiztlan como en Tlacotlan, y en el sitio destinado para la fundacion de esta ciudad, se habia de erigir un convento de la Orden que despues pasó á ser la casa principal de la Provincia de Jalisco. Consta esta merced de ciudad por el año de 1542, de unos instrumentos del cabildo, y se reconoce por ellos, que de la otra parte del rio, algo apartados, enfrente de la ciudad, poblaron algunos indios me-

xicanos, en unas fuentes ó ojos de agua, de los que habian venido con el Virey D. Antonio de Mendoza, y pusieron á su pueblo el nombre de Mexicaltzingo. Pasado algun tiempo, viendo los religiosos que estaba distante la agua, determinaron fundar de la otra parte cerca del rio, donde ahora tiene la huerta el convento, aunque por ser muy enfermo este sitio á causa de muchos pantanos y ojos de agua que hay, no hicieron mucho asiento en él. Trasladaron el convento con facilidad, porque como los edificios de los religiosos de aquel tiempo eran pobres y humildes, no habia inconveniente en pasarlos en donde querian, y así le fundaron un tiro de escopeta más arriba, en paraje mas seco y enjuto, entre la ciudad y Mexicaltzingo, y es el puesto adonde está ahora, que se fabricó con más solidez. La puerta de la iglesia miraba hácia Mexicaltzingo y Analco, por ser parroquia de aquellos pueblos, quedando la ciudad á las espaldas, hasta que á persuasion de Diego Colio y otros conquistadores y vecinos de la ciudad, y con gusto de los religiosos y indios, se cerró la puerta que miraba á Mexicaltzingo y se abrió para la ciudad, y el primer guardian que tuvo este convento, fué el venerable padre Fr. Antonio de Segovia. Salian de él los religiosos franciscanos de aquellos tiempos á administrar á los pueblos de Tlajomulco, Tonalá,

Atemayac, Tequistitlan, Itzatlan, Tzacatitlan, San Andrés, San Pedro, San Martin, San Gaspar, Huentitlan, Santa Cruz, Tzoquipa, Ocotlan, Tzapapa, Xocotlan, Xonacatlan y otros que estaban á treinta leguas distantes de la ciudad, y hoy son administrados por clérigos, excepto el de Tonalá, que administran los religiosos agustinos, y San Pedro que ha quedado á la religion franciscana, que es de la Provincia de Guadalajara. Quedándose, pues, el venerable padre Fr. Antonio de Segovia para atender á la fundacion del convento de Guadalajara, que concluyó en breve tiempo, y acabada la iglesia trasladaron de Tetlan á ella los huesos del licenciado Perez de la Torre, gobernador que fué de la Galicia, y los de otros españoles y gente noble, hubo el venerable padre Fr. Miguel de Bolonia de tomar á su cargo la administracion de los indios de Juchipila: despidióse con mucha ternura del venerable padre su compañero, y á pié y descalzo voló para las serranías del Mixton, donde encontró todavía algunos indios salvajes, que por ser chichimecos no le conocian, y otros, que desde el alzamiento se habian querido quedar más bien, desesperados del perdón, que salir con los demás á recogerse en los pueblos. Hablóles el venerable padre con tanta dulzura y afabilidad, que los hizo bajar de sus peñales y les congregó en el pueblo de Juchipila, porque

le habia dotado Dios de mucha gracia, y en particular del dón de lenguas, pues fuera de la suya materna y la latina, que hablaba con especial elegancia, sabia la española, la mexicana, la tarasca, cascana, tequeja, otomite y la icánica, con cuyo socorro, y bien manejadas estas lenguas en oportunos y persuasivos sermones, convirtió á la fe de nuestro Señor Jesucristo innumerables gentes, y desterró la idolatria en todas las naciones que ocupaban la provincia de Juchipila y sus inmediaciones.

Era sumamente dilatada esta administracion, pues cogia más de cincuenta leguas de largo y cincuenta de ancho. Salia este venerable varon de Juchipila, que era la cabecera, á visitar á todos los indios, que en rancherías ó en pueblitos estaban acomodados en los llanos ó en las faldas de las serranías, andando siempre á pié y con un bordon en la mano. Como en aquel tiempo eran pocos los operarios, no podia á veces la Custodia, que tenia muchos conventos que proveer en la provincia de Michoacan, enviarle compañeros, y sus religiosos tenian igualmente que acudir á dilatadas administraciones, tomándose el mismo trabajo que este varon apostólico. Su tarea continuada era ésta: de Juchipila pasaba á Nochiztlan, Jalostotitlan, Teocoaltichi y demás pueblos de aquellas provincias; volvia por Jalpa, el Teul,

Tlaltenango, sierra de Tepec, hasta llegar á Zacatecas, en cuya demarcacion habia infinitos pueblos llenos de indios. De allí daba otra vez la vuelta á Juchipila, donde su descanso era catequizar á los neófitos, bautizarlos, y mantenerlos en las máximas santas de nuestra religion: cobrando un poco de aliento, volvia á salir por otra parte, trabajando sin cesar en la conversion de tantos gentiles que poblaban aquellas regiones. Habia fundado el convento del pueblo de Juchipila, y junto á él un hospital, que mudó despues á otro sitio porque no era á propósito para los enfermos, y dió el sitio donde estaba ántes fundado, á un indio que le habia ayudado á la conversion. Al cabo de algun tiempo le vino un religioso compañero, á quien encomendó esta penosa administracion, y pasó adelante buscando nuevas gentes que convertir, donde hizo un fruto grande, convirtiendo á innumerables idólatras, como más por extenso dirémos en la historia de su vida admirable. Todo lo que este siervo de Dios y otros religiosos administraban en aquel tiempo desde el pueblo de Juchipila, se dividió en tres Guardianías y seis Beneficios, que la Religion dejó á los clérigos. Las Guardianías eran Juchipila, el Teul, Chínaltitlan (Doctrina que está en la sierra de Tepec, y pasó su administracion á los religiosos de la santa Provincia de Zacatecas): los

Beneficios eran Jalpa, Tlaltenango, San Cristóbal Teocoaltichi, Nochiztlan y Jalostotitlán con todos sus pueblos y visitas. Despues acá, con la quitada de Doctrinas, han mudado mucho las cosas de semblante. Tambien por este mismo tiempo fundaron los religiosos del convento de Guadalajara otro convento en el pueblo de Tonalá, que estaba ya principiado, por haber asistido en él algunos religiosos cuando allí estuvieron los españoles, los que del convento de Tetlan venian á administrarlos, pero en esa ocasión se fundó en forma, y lo ocuparon religiosos de nuestra Orden, dedicados á la doctrina de los indios, hasta que, siendo gobernador de Galicia el doctor Gerónimo de Orozco, á ruego suyo, y del señor obispo que era entónces, el provincial del santo Evangelio, que gobernaba la Custodia de Michoacan y Jalisco, dió los conventos de Tonalá y de Ocotlan á los religiosos de San Agustín, siendo su provincial el padre maestro Fr. Juan de Adriano el año de 1573. En este mismo año de 1542, fueron religiosos franciscanos de esta Custodia á Autlan para atender mas de propósito á la instrucción de los indios de su distrito, porque aunque es verdad que ántes habian estado en este pueblo algunos misioneros, fué de paso y no tan de intento como en esta ocasión. Comenzaron estos fervorosos operarios á predicar el santo

Evangelio á los naturales por toda aquella provincia y la de Temaztlan, y el primero que comenzó á fabricar iglesia y reformar el edificio del convento de Autlan fué el padre fray Pedro de la Concepcion; y como de allí á poco fué promovido por presidente ó guardian al convento de Zapotlan, quedó en su lugar el padre fray Angel de Valencia, que (como verémos) fué el primer provincial de la santa Provincia de Michoacan y Jalisco.

Este santo religioso fué prosiguiendo en Autlan la obra de la iglesia, haciendo los arcos de ladrillo; y en el tiempo de su prelación, una grave enfermedad de flujo de sangre por las narices hizo mucho estrago en los indios de su administracion, muriendo de ellos cada dia veinte á veinte y cuatro. Cesó un poco este azote, y despues, por el año de 1545, como verémos, vino una peste tan general, que de seis partes de indios murieron las cinco.

Despues de la pacificación de las tierras de Jalisco, verificada en la forma que hemos referido, fué el Teniente Gobernador D. Cristóbal de Oñate á Compostela para verse con el Gobernador de la Galicia D. Francisco Vázquez Coronado. Esperóle en esa ciudad algun tiempo, y en la mayor fuerza de las aguas le llegaron nuevas de cómo este general, de vuelta de la gran Quivira,